

CONOCIMIENTO RADICAL.
UNA INVESTIGACIÓN FILOSÓFICA DE LA
NATURALEZA Y LÍMITES DE LA CIENCIA
Munévar, Gonzalo
Barranquilla, Ediciones Uninorte,
2003, 192 páginas.



Quienes participamos en la *Conferencia Internacional de Filosofía de la Ciencia y de la Tecnología*, organizada por la Universidad del Norte de Barranquilla, la OEI y Colciencias, en septiembre de 2001, recordamos con especial complacencia la activa participación del profesor Gonzalo Munévar, uno de los invitados especiales, quien para esa ocasión había regresado a su ciudad natal, Barranquilla, luego de 36 años de haber emigrado a los EEUU donde, además de obtener su doctorado en Filosofía de la Ciencia bajo la dirección de Paul Feyerabend, se desempeñó y, lo sigue haciendo, como profesor en numerosas universidades de prestigio de ese país.

Ahora, la Universidad del Norte nuevamente nos sorprende con la versión española del primer libro de Gonzalo Munévar: *Radical Knowledge (Conocimiento radical)* publicado en 1981 con prefacio de Feyerabend. Para su autor, un objetivo central de esta nueva versión en la que se ha respetado al máximo su integridad histórica “es mostrar en español un intento serio de construir la filosofía sobre la base de que somos parte de la naturaleza; es decir, reconocer que nuestras formas de pensar dependen, en gran parte, de nuestra historia biológica particular y contingente” (p. 1). Su postulado básico es que la percepción, la inteligencia y el conocimiento científico (producto de la inteligencia), son el resultado de un tipo especial de interacción entre un organismo (biológico) y su medio ambiente, de suerte que la reflexión filosófica acerca de la naturaleza, límites y el desarrollo del conocimiento no puede llevarse a cabo únicamente a través de investigaciones “conceptuales” o metodológicas de carácter *a priori*, sino apelando a la ciencia empírica, específicamente, a la biología y disciplinas afines, pues el aparato cognitivo es el resultado de un muy largo proceso evolutivo. Afirmar esto no implica reducir la filosofía a la ciencia como ocurre en la epistemología naturalizada de Quine, donde la epistemología se reduce a la psicología. Para Munévar, la filosofía y la ciencia, aunque se complementan, no son idénticas y *Conocimiento radical* es la prueba fehaciente de que la filosofía debe ser “puesta a prueba” por la ciencia, pues muchos de sus supuestos son empíricos.

La epistemología evolucionista *qua* epistemología radical que este libro propone es la consecuencia “natural” de un programa de investigación (en el

sentido lakatosiano) que, a lo largo de más de veinte años su autor ha venido perfeccionando y ajustando; un programa de investigación que difiere radicalmente de los enfoques evolucionistas del desarrollo de la ciencia del siglo XIX (Spencer, Baldwin, Bergson, Clifford, Hemholtz, Mach y Poincaré) y del siglo XX (Lorenz, Piaget, Popper, Toulmin). En el siglo XIX, si bien se reconoció que los mecanismos intelectuales con los que interactuamos de un modo particular con el medio son resultado de un largo proceso evolutivo, sin embargo, las conexiones entre la ciencia y el valor de supervivencia resultaron demasiado toscas e injustificadas. En el siglo XX, aunque construyó analogías con el neodarwinismo para la explicación evolutiva de la ciencia, las conexiones entre ésta y el valor de supervivencia fueron demasiado débiles. Para Munévar los logros de su programa “no provienen del uso de la teoría evolutiva como fuente de analogías, sino más bien de la comprensión de que nuestra naturaleza es afectada de forma profunda por nuestra biología”. (p. 185).

Entre los múltiples aspectos que son objeto de análisis por parte de Munévar, tales como la naturaleza de la filosofía y su compleja y dinámica interacción con la ciencia; el conocimiento científico como una suerte de comprensión y ésta como un modelo de comportamiento en la medida en que, como disposición, nos permite “desenvolvemos” en el universo; la imposibilidad de determinar conceptual o metodológicamente las fronteras de nuestro intelecto como lo propone la filosofía contemporánea; la distinción entre nuestro aparato intelectual básico (genotipo intelectual) y nuestros esquemas conceptuales (fenotipo intelectual) que permite entender, en un análisis evolutivo, por qué los cambios en nuestras estructuras básicas son lentos y por qué los cambios en nuestros esquemas conceptuales (resultado de la interacción de nuestras estructuras básicas con el entorno) son rápidos, etc. Cabe destacar dos planteamientos que, aunque polémicos, son una consecuencia obligada de su programa de epistemología evolucionista: la concepción social de la racionalidad científica y el relativismo (epistemológico y ontológico) que lo lleva a enfrentar, con especial crudeza, el realismo metafísico, el realismo hipotético de Campbell, Lorenz y Popper y la tesis de los positivistas lógicos de un lenguaje observacional neutral. Con respecto al primero, Munévar considera que la racionalidad, antes que ser una propiedad de los individuos, es una propiedad estructural de las comunidades científicas, de la misma manera que la libertad—cuando existe—lo es de ciertas sociedades. Con relación al segundo, Munévar examina críticamente los presupuestos ontológicos y epistemológicos del realismo, a saber: (1) que las “cosas” (el universo) *están* ahí; (2) que están “ahí” de una sola manera (estructura de la realidad), y (3) que un ser que “realmente” conociera el universo, conocería también las cosas como realmente son. Su controversia se centra fundamentalmente en los dos últimos presupuestos. En efecto, así como en la física cualquier medición es relativa al marco en que se hace y ningún marco es “mejor” que cualquier otro posible,

la realidad de las “cosas” es relativa a un sistema interaccionista de referencia, v. gr., la especie *homo sapiens*, si bien habría que incorporar –algo que Munévar no hace– el parámetro temporal, pues se trata de una especie en evolución. En consecuencia, hablar de “una única estructura de la realidad” con independencia absoluta de marcos de referencia cognitivos, (presupuesto ontológico 2), es tan absurdo como hablar en física de “la masa real” o la “velocidad real” de un objeto, es decir, con independencia de cualquier marco de referencia. Igualmente, el ideal de un conocimiento completo que, como meta, acompaña al mito teleológico de la verosimilitud del racionalismo hipotético popperiano, (presupuesto epistemológico 3), es tan implausible, como proponer un conocimiento directo de las masas y velocidades absolutas de todos los objetos.

Sin embargo, este ataque al realismo absolutista no conlleva la adopción de un relativismo tal como éste suele entenderse en epistemología, pues si bien su Principio de la Relatividad para la epistemología implica una pluralidad de “marcos de referencia” cognitivos, y no un “marco preferencial de referencia”, no todos los “marcos de referencia” son igualmente buenos; lo que propone Munévar es que puede haber varios que sean igualmente buenos. Su criterio para establecer la “bondad” apela al modelo de comportamiento (*performance*): “De los muchos genotipos intelectuales (aparatos intelectuales básicos) algunos permitirán una mayor habilidad para “desenvolverse” en el universo que otros, y lo mismo vale para las muchas expresiones fenotípicas (esquemas conceptuales) de cualquier genotipo intelectual”. (p. 178). Pero dado que las circunstancias son cambiantes, “la prueba de si una ... teoría constituye conocimiento ... depende de que la teoría pueda servir como instrumento que le permita al sujeto tratar con situaciones nuevas, quizá insólitas”. (p. 93). Esta flexibilidad contrasta el mero conocer con la comprensión, en el sentido en que M. Scriben la propone para los aparatos procesadores de información, como inteligentemente lo destaca Munévar.

En suma, *Conocimiento radical. Una investigación filosófica de la naturaleza y límites de la ciencia* es un libro sugerente y polémico, en el que se conjugan, además de la claridad y del rigor argumental, acompañado muchas veces de experimentos mentales como el experimento mental de los colores para ilustrar su Principio de Relatividad de la Percepción, también el deseo de su autor por construir una epistemología de la ciencia que, como él mismo lo advierte, “pueda estar lista para encarar las sorpresas que ese largo futuro nos puede ofrecer” (p. 37). Su traducción al español es una invitación para iniciar un debate fructífero en el seno de nuestra comunidad filosófica y, por qué no, científica.

JUAN MANUEL JARAMILLO URIBE
Universidad del Valle